

divertida su conversacion, ni le faltaba una sal muy delicada para sazorarla. Juzgando los superiores que diria bien á su salud el aire de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios, cuya aplicacion en nada entibió su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en ellos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de sus estudios, le persuadia su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y á su maestro. Mereció en aquella funcion los aplausos de todo el colegio romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses despues que volvió á Roma se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodolfo y el duque de Mantua sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya oracion se vió precisado el padre general á enviarle á Castellón. Recibíale en todas partes como á un ángel venido del cielo, y la marquesa su madre luego que le vió se sintió movida de cierta especie de veneracion, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fué el respeto y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo. Siempre que salia de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacia en tiernas lágrimas, y cuando se retiraban todos á su casa, decian: *Ya hemos visto al Santo*. No obstante lo irritado que estaba el duque de Mantua con el marqués de Castellón, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas los habló este ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyósele al marqués el señorío de Solferino, y quedó mas sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes. Nunca se vió reconciliacion mas sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de S. Luis.

Ni fué este el único que obró durante su estancia en Mantua y en Castellón. Fueron pocos los señores de las dos cortes que no se moviesen y no se reformasen con la conversacion del jóven jesuita. Obligóle el rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica á la comunidad; y él la hizo sobre la caridad con tanto fervor y con tanta mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellón pidió la marquesa á los superiores que obligasen á Luis á que predicase á sus vasallos; hizo con un prodigioso concurso, y con fruto tan copioso, que al acabarse el sermón se confesaron mas de setecientas personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellón, recibió orden de pasar á Milan para continuar sus estudios; pero luego que llegó se halló con otra del general, en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y mas habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella habia sido una continua preparacion para la muerte, en este último año redobló su fervor. Hizose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que solo con oírle nombrar, sensiblemente se le alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera espresion afectuosa que oyese en la lectura del rectorio bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho que no la podia contener sin que se esplicase en dulces lágrimas por los ojos. Con solo ver una estrella ó una flor crecian sus incendios. Teniase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo mas afectuosas y espresivas, por escusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producía su tierna devocion á la Santísima Virgen; y siempre que comulgaba se quedaba como estáticamente arrebatado.

Afligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fué aquella ciudad doloroso teatro de la mas triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la caridad de los Padres de la Compañía; porque además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió ella uno á su costa, en el cual el mismo padre general servía á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los jesuitas del colegio romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fué posible moderar su caridad y su zelo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde solo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la divina Providencia que la caridad consumiese aquella preciosa víctima. Habíase llevado el contagio á muchos jesuitas, y no perdonó á nuestro Santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría, tanto que hizo escrúpulo de ella, y consultó al P. Belarmino si habria alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podria esconder algun artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devocion, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias veces le habian dicho que á la hora

de la muerte habia de tener escrúpulo de sus escesivas penitencias, y suplicó al padre rector asegurase á todos que este punto no le daba el mas minimo cuidado, y que solo sentia no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas mas. Declinó despues su enfermedad en una calentura héctica, que parece solo le dilató algo mas de vida para que nos dejase mas ejemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al padre general para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazon penetrado de dolor, y sensiblemente movido con la devota impresion que hacian en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir jesuita, todas las veces que le visitaba el cardinal Gonzaga le repetia las gracias por los buenos oficios que le habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Tenia siempre en la mano un Crucifijo, y una imágen de la Santísima Virgen delante de los ojos. Habiendo recibido un espreso de la marquesa su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacian en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle despues que los médicos solo le daban ocho dias de vida, y fué tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum* en accion de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vinole á visitar un padre, y luego que le vió, exclamó como trasportado: *Marchamos, padre mio, y marchamos con alegría.* Tres dias antes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocia novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriria. Recibió la bendicion apostólica *in articulo mortis*, que le envió su Santidad, y quiso tambien que le volbiesen á administrar los sacramentos; despues de los cuales pidió le leyesen la recomendacion del alma con las últimas oraciones de la Iglesia, cuya postrera funcion enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Cor-

pus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los veinte y tres años, tres meses y once dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto S. Luis Gonzaga, escitó esta noticia en los ánimos de todas aquellas impresiones de admiracion, de devocion y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general: *Murió el Santo.* Concurrían todos á besarle los pies y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fué tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los pies, ó á tocar por lo menos el féretro, que fué preciso interrumpir muchas veces el oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del colegio romano, dedicada á la Anunciacion, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su siervo por los muchos milagros que obró por su intercesion, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años despues, con aprobacion del sumo pontífice, fué su santo cuerpo elevado de la tierra; y colocado en una caja de plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Virgen. Treinta años despues, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, que fué el de su muerte. El de 1691 fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla de la misma iglesia, que el marqués Scipion Lanceloto hizo fabricar en honor del Santo, y es reputada por una de las mas ricas y mas brillantes de Roma. Finalmente, el último dia del año de 1727 el papa Benedicto XIII le canonizó, y le puso en el catálogo de los Santos.

El autor de la vida de Sta. María Magdalena de Pazzis asegura que el dia 4 de abril del año 1600, estando la Santa en uno de sus acostumbrados éstasis, comenzó á exclamar de repente con uno como especie de entusiasmo: «¡Oh, qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! Nunca la hubiera creído, si no me la hubiera mostrado el Señor. Páreceme que no he visto en el cielo gloria igual á la de Luis; digo que Luis es un gran Santo. Tenemos muchos Santos en la Iglesia que no creo estén tan elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo; y quisiera poder mostrar la gloria de que goza, para que fuese glorificado el mismo Dios; fué elevado á grado tan sublime, porque trajo una vida interior. ¿Quién pudiera esplicar el valor y el precio de la vida interior? No hay comparacion de la interior á la exterior. Mientras Luis vivió acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en el divino Verbo.

Luis fué mártir oculto; porque el que os conoce, mi Dios, os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto como desea amaros, y que léjos de ser amado de las criaturas, seais ofendido. Fué tambien mártir, porque él mismo se atormentó mucho. ¡O cuanto amó Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal continuamente lanzaba flechas de amor al corazón del Verbo; ahora que está en el cielo vuelven estas flechas hácia el mismo corazón, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y de caridad que hacia entonces le causan una estremada alegría.» Dichas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el cielo, y despues exclamó: «Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para que si alguna de las que ayudáre fuere al cielo, ruegue á Dios por mí, como lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este beneficio.»

SAN RAIMUNDO, OBISPO DE BARBASTRO.

SAN Raimundo, decoroso ornamento del órden episcopal, tan celebrado por su eminente virtud, como por la heroica paciencia con que toleró el violento despojo de su cátedra, nació en Durban, pueblo del obispado de Tolosa, de la ilustre casa de aquellos condes. Aplicáronse sus padres á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural y su inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus buenos deseos. Quisieron que siguiese los estudios; pero luego que adquirió algunos tenues conocimientos en las letras, le dedicaron á la carrera militar, por ser aquel ejercicio muy frecuente en los jóvenes de sus circunstancias; y no siendo aquella profesion para la que Dios tenia elegido á Raimundo, le inspiró que volviese á continuar el estudio. No se resistió un punto á la vocacion del cielo el devoto mancebo, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, juntando con ellos una suma aplicacion, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias, y nada inferiores en la virtud; mas como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo abrazado el estado eclesiástico, ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que se vió revestido del sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y empeñando para el logro de este fin todo su fervor y toda su eficacia, se distinguió entre todos los clérigos por la ar-

reglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduria.

Quisieron los canónigos de S. Saturnino de Tolosa tener á la frente una persona tan recomendable como Raimundo, y para ello le eligieron prior de aquel ilustre cabildo, bajo el concepto de que daria mucho lustre á su iglesia. No salieron frustradas sus esperanzas, pues con el nuevo empleo adquirió nuevo esplendor la virtud del célebre sacerdote, sirviéndole de estímulo para aumentar su fervor y para que tuviesen mas estension los ardorosos impulsos de su zelo verdaderamente apostólico. Habiale Dios dotado con el don especial de atraer á muchas gentes á verdadero conocimiento con sus sabias y con sus amorosas exhortaciones, y haciendo uso de esta gracia especial, convirtió innumerables pecadores, ya con sus conversaciones familiares, ya con sus elocuentes predicaciones; en cuyo ministerio trabajó infatigablemente algunos años, correspondiendo el fruto á la actividad del zeloso operario, que solo pensaba en su propia santificacion, y en la del pueblo, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Esparcióse la fama de las eminentes virtudes de Raimundo no solo por el territorio de Tolosa, sino es por todas las provincias inmediatas; y habiendo vacado la silla episcopal de Barbastro, fué promovido á aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. No fué tan fácil el consentimiento del ilustre prior, como habia sido la eleccion, pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, sin que le obligasen los respetos del rey D. Pedro de Aragon, con cuya aprobacion se hizo el nombramiento. Crecian al paso de la repugnancia del Santo, los deseos de los interesados en la admission, y viendo frustrados cuantos medios estimaron precisos para obligarle, lo condujeron con violencia á Barbastro, entronizándole con universal aclamacion de todo el pueblo.

No ignoraba Raimundo los formidables cargos de la dignidad episcopal, y lleno de confianza en aquel Señor que se la cargó sobre sus hombros, esperanzado en la divina piedad que le daria todas aquellas luces y todas las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos los deberes de su alto ministerio, comenzó á ejecutarlo con aquella vigilancia y con aquella solicitud que exige el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Visitó su obispado personalmente; y cada visita no era como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de las costumbres de los pueblos. Apacentó sus ovejas con los abundantes pastos de la doctrina cristiana, plantó en ellas las virtudes